

ja, coloque Usted en ella la pintura, muy bien acomodada; y sin cerrar, ó, al menos, sin clavar la tapa, lleve Usted tarjeta, caja y factura de venta á la casa de los señores Maning y Mackintosh, donde le entregarán en oro el importe del cuadro. Que esto sea mañana mismo, porque yo debo partir de un día á otro.

Salieron Martínez y el inglés, y yo tras ellos en busca de un carpintero conocido, á quien dí las dimensiones del lienzo, y orden de hacer la caja en el resto del día; y como la ajusté en seis pesos, hallé que, por principio de cuentas, iba yo á ganar más de otro tanto en sólo el empaque. Decididamente mi estrella estaba en su zenit, y lo único que me inquietaba era no poder dar desde luego con la propietaria de la pintura, exponiéndome á que, si se llegaba á traslucir mi negocio de venta, quisiera ella compartir mis considerables utilidades. Pero estaba yo en el cuarto de hora de ganar todos los albures, ó así lo creí, por lo menos, viendo entrar esa misma tarde á la bendita anciana en mi establecimiento.

El lienzo no había sido movido de donde llevaba días de estar; ni mi semblante re-

velaba la menor emoción, cuando entablamos este diálogo:

—¿Aun no se ha vendido mi Madre y Señora del Carmen?

—Ya Usted la ve ahí, donde la dejó.

—¡Cuánto lo celebro! Decididamente Dios protege á los pobres. ¡Alabada sea su misericordia! Figúrese Usted, Sr. Don Mateo, que yo me había resuelto á dar, acosada de la miseria, por cincuenta pesos esta alhaja de familia, que de generación en generación ha llegado á mí; y que ahora, mi primo, el cura de Atlixco, me escribe por conducto de mi comadre Petronila, diciéndome que no vaya á deshacerme del cuadro, porque los padres carmelitas de Puebla le conocen y codician, y podrían dar hasta doscientos pesos por él. Nó, sino muy lucido negocio habría yo hecho malbaratándole, para tener pan hoy y hambre mañana! ¡Alabado sea Dios en todas las cosas! Me llevo mi Virgen Santísima, señor Don Mateo; y, como no es justo que Usted la haya tenido de balde en su almoneda, le dejo esta tumbaga de oro, que bien vale sus cuatro pesos, y que era de mi difunto esposo, para que de ella se co-

bre lo que sea del depósito, y me devuelva el resto cuando la haya vendido.

Como Ustedes comprenderán, semejante peripecia daba al traste con mi negocio. En vano, con calma y sangre fría, traté de hacer comprender á la anciana que se alucinaba con meras esperanzas, probablemente huecas; acabando por ofrecerle de contado los cincuenta pesos que al principio pretendía por su lienzo. Tomóle el criado, cubrióle y cargó con él, y, ya en la puerta anciana y mozo, ofrecí sucesivamente á la primera sesenta, setenta y hasta cien pesos por la imagen. La buena señora ateniase á las seguridades de su primo el cura de Atlixco; declaróme terminantemente que no daría el cuadro por menos de doscientos pesos, y se marchó con él.

La figura que yo quedé haciendo en la puerta de mi almoneda debe haber tenido mucho de ridícula. Decíame para mis adentros, que la codicia rompe el saco, y que, tratando yo de explotar la pobreza de aquella anciana, habíame sucedido lo que al perro de las dos tortas. Pero una idea luminosa cruzó por mi cerebro. ¿No me daba el inglés quinientos pesos por el cuadro? Pues

aun pagando por él doscientos, quedábame un sesenta por ciento de utilidad, una suma redonda de trescientos duros, sin contar los ahorros en el empaque. Tomé mi sombrero, fuí á dar alcance á la vieja que ya doblaba la esquina; ofrecíle ciento cincuenta pesos por el cuadro; y viendo que ni esta oferta aceptaba, díjela: “Es mio por los doscientos,” y volví en triunfo á mi establecimiento, dando el brazo á aquella estantigua, y seguidos ambos del mozo con la pintura.

Propuse á la señora darle á otro día la cantidad, y redondamente se negó á ello, diciéndome que de efectuar la venta, había de ser recibiendo en el acto su importe, “porque nosotras las señoras—agregó—nada entendemos en esto de negocios, y con mucha facilidad somos engañadas.” Nuevo conflicto para mí, que no podía reunir de pronto ni cien pesos, y que juzgaba inútil acudir á la casa de Maning y Mackintosh por el dinero antes de llevar empacado el cuadro. Habría ido á ver á Sir James W. Cook para que me diera algo á cuenta; pero, aparte de que esto no sería decoroso, no era tampoco practicable, sin riesgo de que

los demás almonederos, que iban ya oliendo el negocio, me le birlaran mejorando á la viuda mi oferta. Decidíme á ocupar á una persona rica que vivía á la otra puerta y me dispensaba alguna confianza, pidiéndole ciento cincuenta pesos que me dió por un par de días, dejándole yo en prenda las escrituras de una casita de mi mujer. Conté sus doscientos pesos á la señora, y extendí en papel sellado un recibo que me firmó con agarabados caracteres; hecho lo cual, yo me quedé con su cuadro y ella se marchó con mi dinero, diciéndome que estaba ya definitivamente mudada y á mis órdenes en el número 24 de la calle de Curtidores, para donde me invitaba á tomar chocolate á la siguiente tarde con ella.

Para no hacer á Ustedes más largo el cuento, les diré que á otro día, al presentarme en la casa de Maning y Mackintosh con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependientes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido, ni siquiera oído nombrar á Sir James W. Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de Bellas Artes, á la

casa de Martínez, el antiguo catedrático de pintura, resultó que éste no era el admirador platónico de mi cuadro, y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martínez, de verdadero mamarracho que no valía un comino; que en la calle de Curtidores no había número 24 ni quien diera razón de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco, pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, á Dios gracias, no tenía ya pariente alguno, pues los que tuvo sólo le dieron asaltos y disgustos; por último, que, no pudiendo devolver los ciento cincuenta pesos que me prestaron, mi esposa perdió su casita, y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz, no sólo concebido en pecado, como la totalidad de los hombres, sino concebido también en necedad; lo que, de tejas abajo, es acaso todavía más grave y trascendental, y en lo cual tuve que convenir á despecho mío.

V

EL HOMBRE DEL CABALLO RUCIO.

A esta sazón despertaba el militar con visibles señales de espanto; y con decir que despertó, se dijo que tomó la palabra, para no dejarla hasta que amaneciera.

—¡Maldito dormir, que de nada me ha servido sino de sudar frío y sentir más molidos los huesos! ¡Y malditos sueño é imaginación mía, que me convirtieron en actor en un lance, que no baja de treinta años que oí referir en una de mis expediciones, y de que no me había vuelto á acordar! El tinglado bajo el cual dormía yo, ó, más bien dicho, soñaba que dormía, se columpiaba como á impulsos de un terremoto con las mecidas del hombre aquel. ¡Y luego, sus ojos, aquellos ojos de mirada satánica, fija en mí y que me penetraba hasta la médula de los huesos!

Pero, como Ustedes creerán, piadosamente juzgando, que he perdido el juicio, voy á referirles del modo más conciso po-

sible la tradición que á mí me contaron allá por el año de 1816; una vulgaridad que ni yo ni Ustedes podemos creer; pero en que creen á pie juntillas las gentes de las rancherías en la zona que se extiende en todo el declive de la Mesa Central, hacia la costa de Veracruz.

Supongo que alguno de Ustedes ha bajado, siquiera una vez, de Puebla ó de Perote al puerto que acabo de nombrar, tomando la carretera que pasa por las Vigas, la Hoya, San Miguel del Soldado y Jalapa; y que al salir de la Hoya, y al descender por la terrible pendiente que conduce al penúltimo de los citados puntos, ha vuelto los ojos á su izquierda y contemplado uno de los más hermosos panoramas que yo he visto en mi vida. Dejando atrás, ó sea al Norte, un anfiteatro de cerros y montañas, y mesas tajadas á pico, en cuyas planicies brillan á lo lejos los pueblos de Naolinco, Tonayán, Pastepec y otros muchos, y de uno de cuyos verdinegros cantiles surge, á semejanza de una asa de cristal de roca, la catarata de Naolinco; se extiende un valle inmenso esmaltado de arboledas, milpas, zarzas, musgo, caña de azúcar y lava vol-

cánica, medio fundiéndose en la luz atmosférica los tonos más variados del verde, del rojo, del negro y del amarillo que predominan en el paisaje. Aquel inmenso valle se abre desde las vertientes orientales del Cofre de Perote hasta el Atlántico, que, como una cinta azul celeste muy bajo forma en los días claros y serenos la última lontananza del cuadro. Por allí descendió en alguna de las erupciones volcánicas, de que no había ya ni noticia en tiempo de la conquista española, una de las grandes corrientes de lava, yendo hasta el mar, calcinando vegetación, terrenos y peñascos en una latitud de leguas, y haciendo desaparecer ríos que recorren larguísimas distancias bajo su manto petrificado, para salir de nuevo al aire y á la luz del sol. Sólo desde las cumbres de Aculzingo se domina, sin subir á las grandes alturas de la Mesa Central, un espacio mayor y más pintoresco; y para que nada falte á la magnificencia del paisaje á que me contraigo, las brisas suelen traer por aquella abra inmensa, al oído del viajero, los sordos bramidos del volcán de Tuxtla, á que responden, á guisa de eco, los truenos apenas perceptibles del cerro

de la Magdalena, hacia el Norte; mientras á la derecha remedan la voz del Océano los negros y gigantescos pinos de la falda del Cofre, contrastando con el ópalo de su cumbre, vestida de nieve casi siempre.

Ahora bien; penetrando por aquel magnífico valle hacia la costa, hubo á principios ó mediados del siglo pasado una propiedad territorial considerable, cuyo centro era Rancho Nuevo, y que, extendiéndose entre Actópam y la Pastoría, cerca de la Mesa del Rodeo, y atravesando parte de los terrenos bajos de Naolineco, llegaba hasta el Alto de Tiza, entre San Antonio del Monte y el rancho de Zontzocomotla. Dueño era de tal extensión territorial, poblada de numerosísimos ganados lanar, vacuno y caballar, un hidalgo que, ó no me dijeron, ó no recuerdo si era español, ó criollo educado en España, y de allá venido con ciertas ínfulas de gran señor, y con no pocas ideas de las que hoy llaman avanzadas y que él ponía en práctica, no sin disgusto y hasta escándalo de los rancheros comarcanos. Así, por ejemplo, cierta capilla existente en alguna de sus posesiones, permanecía cerrada, no obstante contar con los paramentos

necesarios, sin que los capellanes de otras haciendas del rumbo fuesen jamás llamados á celebrar misa en ella. Los pobres de la comarca, si se aventuraban á pedirle limosna, sólo recogían sermones más ó menos ásperos contra la holgazanería y la mendicidad. No había memoria de que hubiese entregado sus diezmos completos, y sin lanzar alguna pulla contra obispos y curas; y parecía complacerse en hacer llevar sus reses al herradero los domingos y demás días de fiesta, lo cual quemaba la sangre á sus mayordomos y pastores, envidiosos del descanso á que la demás gente del campo se entregaba en tales días.

Tampoco supe ó recuerdo el nombre del hidalgo, persona como de 48 años de edad; alta, fornida, de gesto agrío y enormes patillas negras, y que llevaba, á la usanza del tiempo, recogido el largo cabello en una coleta cuidadosamente liada con listón verde, que se le mantenía tiesa, á manera de culebra semi-levantada del suelo, ó le azotaba la espalda al recio galopar de su caballo favorito. Era éste rucio, según decían los rancheros, de anchos encuentros y de una ligereza tal, que en vano habían queri-

do competir con él en la carrera los más aventajados potros de la tierra y aun de los venidos del interior. Nuestro hombre no montaba sino el rucio á pesar de tener muy bien provistas sus caballerizas; y los mejores campiranos, al verle con sus calzoneras de paño azul y botonadura de plata, y su ancho sombrero de palma con gruesa toquilla, y mascando un enorme veguero de que recogía y despedía el humo en densas bocanadas; al verle, digo, galopando ó yendo al paso en su rucio, exclamaban en tono de la más sincera admiración: “No se puede negar que este hombre nació á caballo.” Tal admiración neutralizaba hasta cierto punto las antipatías que le creaban su riqueza, su lujo, su brusquedad y sus irreligiosos procederes; si bien no eran bastantes á hacer olvidar á sus arrendatarios de tierras, lo que respecto del hidalgo dijo una vez el cura de Actópam, al enjugar las lágrimas á una viuda que con ocho hijos de tierna edad acababa de ser lanzada de la miserable choza en que había nacido, por no poder pagar unas rentas vencidas: “Ese hombre no puede tener buen fin.”

Y sucedió que, con todo y haberse reído

del pronóstico del cura, nuestro hidalgo, cierto domingo en que sus vaqueros llevaban á herrar nuevas reses y él á cierta distancia los vigilaba, al atravesar unos terrenos planos de Zontzocomotla, aflojó las riendas y apretó las espuelas al rucio, dando en él una de aquellas carreras de relámpago en que nadie logró jamás sacarle ventaja. Muy plano era, como dije, el terreno, sin árboles ni arbustos, y sólo entapizado de un zacatón de terciá ó poco más de altura, que ignoro cómo pudo encubrir á los ojos de cabalgador y cabalgado uu peñasco liso, azuloso y casi cuadrado que hasta la fecha debe de existir allí, ó que, al menos, me enseñaron en una de mis expediciones. Lo cierto es que el caballo tropezó con el tal peñasco en lo más recio de su carrera, lanzando por encima de su cabeza al jinete, dejándole sembrado en el suelo, y huyendo en dirección trasversal, azotado de los estribos, sin que en mucho tiempo reapareciera. Vieron los vaqueros caer al amo, lo cual les causó no poca sorpresa, aumentada hasta la estupefacción cuando, acercándose á examinarle, halláronle desnucado y muerto. No hubo en toda la comarca quien no pen-

sara y dijera, que fin tan desastrado era castigo del cielo, por el afectado quebrantamiento de la guarda de los días festivos; y, tras pasos, diligencias y trabajos para que enterraran al muerto en sagrado, y tras recoger su herencia unos sobrinos que tomaron posesión de sus haciendas, nadie se acordó ya de la filosofía, ni de la persona del propietario.

Mas, pasado algún tiempo, sucedieron al olvido las preocupaciones y los temores, y al silencio la charla, no de las comadres, sino de los campesinos más honrados y formales de aquel rumbo. Los vaqueros que conducían ganado á los potreros de Rancho Nuevo, protestaban, haciendo la señal de la cruz, que un hombre de ancho sombrero de palma con enorme toquilla de plata, vestido de calzoneras azules, con botonadura también de plata, y retorcida y tiesa por detrás la coleta; que el muerto, para no cansar á Ustedes, el muerto en persona, montado en el rucio de marras, les había salido entre unos árboles llamados xícaros (tan corpulentos como los robles y parecidos á éstos en el tronco), espantándoles con tremendas carreras y estupendos y

ronquísimos gritos el ganado, que se des-
perdigó por el monte, como si hubiera visto
al diablo. Agregaban que, habiendo con-
gregado con muchísimo trabajo las reses
dispersas, volvió á salirles el muerto con
los mismos gritos y carreras, en un punto
llamado "La Raya," causando el propio
terror á los animales y azorando un poco
más á los conductores.

Por de pronto el azoramiento de los va-
queros sólo se comunicó á las viejas y á
los niños, participando de él los sobrinos
del muerto, por aquello de que, si no lo
estaba el tío, podía fallar la herencia. No
pararon los tales sobrinos hasta escarbar el
hoyo en que fué sepultado el rancharo, y
cerciorarse de que los gusanos le llevaban
comida una buena parte; con lo cual les vol-
vió el calor al cuerpo, y siguieron oyendo
hablar del aparecido, como quien oye llover
y no se moja. A todo esto, los muchachos
más guapos y de mejores caballos de las
rancherías inmediatas, habían correteado al
del rucio, queriendo inútilmente alcanzar-
le, y desesperándose al ver su destreza y la
diabólica agilidad de su animal. Los ga-
nados eran ya diariamente dispersados por

la aparición y los gritos del "amo;" las re-
ses se desbarrancaban, y los vaqueros ajus-
taban sus cuentas y se despedían.

No podía esto durar así, y el mayordomo
ó administrador de Rancho Nuevo, mallor-
quino que frisaba en los cuarenta, hombre
de alma atravesada y tan buen jinete como
el difunto, ofreció traer á éste de la coleta
ó quitarse el nombre, si para su expedición
le daban el famoso caballo "Enaguas blan-
cas," casi de tanta ley como el rucio. En plá-
ticas sobre tal tema hallábanse sobrinos y
mayordomo, cuando un amigo de los prime-
ros, propietario de otro rancho cerca de Ac-
tópam, y joven de reconocido y temerario
valor, vino á terciar en el asunto, pidiendo
como un favor que se le dejara á él mis-
mo obrar libremente. Sabía que el muerto
iba algunas noches á mecerse suspenso del
portalillo ó tinglado de una casita, á un
cuarto de legua de Actópam; de consiguient-
te, para cogerle no había necesidad de fa-
tigar á un cuadrúpedo de la categoría de
"Enaguas blancas," y él se comprometía á
echar garra al "amo" en el expresado por-
talillo, exigiendo únicamente que no le es-
pantaran la presa. Los sobrinos, no sin dis-

gusto del mallorquino, convinieron en que la aventura fuese llevada á cabo por Don Encarnación, que así se llamaba el joven ranchero.

Cuando éste llegó á la consabida casita, forrado el estómago con una gran copa de refino, y recién amolado el machete, pardeaba ya la tarde de un hermoso día de Junio, y la luna aparecía en Oriente prometiendo noche clara y serena. Los habitantes de la casita la abandonaban con todo y trastos, desde que anochecía, para no ver ni oír al huésped, quien, por lo demás, prudente y medido como rara vez lo son los huéspedes, nunca pasaba del corredor, permaneciendo en él poco tiempo. De una viga madre que allí había atravesada, colgábase el "amo" dándose dos ó tres columpiadas, á cuyo impulso se estremecía la casa; y en seguida montaba á caballo y se iba con la música á otra parte. El tinglado y la casita toda eran de otates.

Don Encarnación tuvo á mengua admitir compañía, diciendo, y, lo que es más, creyendo que él se bastaba para tan poco. Llegado á la casucha, ató su caballo en el exterior, á espaldas de ella; reconoció el filo

de su machete, rebanándose la callosidad de una de sus manos; cantó, silbó, tosió, escuchó; contempló la luna que brillaba en árboles y arroyos, y acabó por aburrirse cuando aún no era la media noche. Midió con la vista el corredor en que acostumbraba pasearse el hombre de marras; formóse en una de las extremidades, con cuilotes secos, una especie de cama en que se acostó, sirviéndole de almohada el sombrero, y dejando á un lado el machete, sin vaina, para que estuviese más listo: y aun se hallaba á punto de dormirse, cuando una brisa fría, la altura de ciertas estrellas y el canto del gallo, le hicieron calcular que serían las dos de la mañana, hora en que acostumbraba llegar el del rucio á la casita.

Oyó á poco, efectivamente, el galope del caballo y un grito que, sin duda por lo ronco y destemplado, le heló la sangre en las venas, matándole casi todo el ánimo que sin esfuerzo había atesorado. Ojos se volvió, sin embargo, para ver desmontar al "amo," quien, atando al rucio del cabestro—no sin que la bestia de Don Encarnación rompiera el suyo y echara á huir por el campo,—penetró bajo el tinglado en el

corredor, dándose en él dos ó tres paseadas, sin que pareciese notar la presencia del jóven.

—Luego que se vaya á mecer—dijo éste para sí—le meto el machete.

Como si hubiese querido el hidalgo facilitarle la ejecución de su idea, colgóse de la viga del tinglado y se dió un par de medidas, haciendo crujir todo el techo, cual si reinara un terremoto. Un rayo de luna le daba en la coleta, más liada y tiesa que nunca. El joven empuñó el machete y se quiso levantar de la cama; pero no pudo.

—Cuando torne á pasearse y llegue cerca de mí [pensó en su interior], le envaso.

El hidalgo soltó la viga y volvió á pasearse. Sonaban sus enormes espuelas de rodaja en el piso de tierra y piedra del corredor. Al acercarse al joven, sentóse éste en la cama; pero dióle en las narices un tufo como de sepulcro acabado de abrir, y que le causó cierto mareo y descoyuntamiento inexplicable. Avergonzado de sí mismo, se propuso formalmente acometer al hidalgo á la segunda vuelta; pero á la luz de la luna vió que sus mejillas estaban muy hundidas, y hasta habría podido jurar que te-

nían tierra. Entretenido con estas observaciones, ni se levantó, ni hizo uso de sus manos; omisión gravísima y trascendental, pues desde la siguiente vuelta, el hidalgo clavó en él una mirada verdaderamente satánica, que le hizo sudar frío y cernerse en la cama de cuilotes, como si le fuera á entrar calentura. Tornó á verle el hidalgo en tantas veces se le aproximó en sus paseos; y, cansado el joven de batallar con su propio miedo, entregóse á éste sin reserva, no pudiendo hacer la señal de la cruz, por tener engarabataados los dedos, ni rezar en voz alta la letanía, por habérsele secado las fauces.

Esto duró así hasta las primeras luces del alba, pues al verlas, el hidalgo dióse una nueva medida que hizo crujir nuevamente la casa y juntar casi el techo con el piso; lanzó un segundo grito, montó, galopó y desapareció. Hasta entonces volvieron á cantar los gallos.

A eso de mediodía, el joven, enfermo de fiebre, fué llevado de la casita á su rancho, en un tapextle, y el campo quedó libre al mallorquino, quien se lamía los labios al figurarse que ya asía de la coleta al hidal-

go. “Enaguas blancas” fué cuidadosamente bañado, cepillado y herrado de nuevo, acostumbrándosele, además, á bultos, sombras, gritos destemplados y cuanto pudiera espantarle.

El día designado para la nueva aventura, desde muy temprano, cuatro rancheros de los más osados, con quienes se había puesto de acuerdo el mayordomo, ocuparon los dos gargantas por donde únicamente se podía salir del valle, de cerca de una legua de extensión, en que acostumbraba aparecer el hidalgo. Tomadas las demás medidas de precaución que eran del caso, á eso de las nueve de la mañana despachóse una partida de ganado con sus respectivos vaqueros, yendo á la cola el mallorquino montado en el famoso “Enaguas blancas” descendiendo y pendiente de la muñeca por medio de una fuerte correa, el corvo, afilado y reluciente sable, y terciada en el diestro brazo una escopeta vizcaína cargada con bala de catorce adarnes, amén de las postas.

Poco habían andado del valle, cuando, de entre los consabidos xícaros, con el acostumbrado ardimiento salió el hombre del caballo rucio, echando éste sobre el gana-

do, que á su ademán y á sus gritos, instantáneamente dispersóse en todas direcciones, siguiendo su ejemplo los vaqueros, con más miedo que vergüenza.

Ver al hidalgo á unas cuantas varas, espolear á “Enaguas blancas” el mallorquino, y echársele encima, fué todo uno, asustándole á la cabeza un tajo tal, que, á alcanzársela el sable, se la hendiera como si fuese de mantequilla. Pero barrióse el hidalgo con todo y rucio, y, á guisa de quien trata de evitar pendencia, cruzó como exhalación por el llano, sin volver siquiera el rostro á su contrario. Cuando apenas habría avanzado quince varas, paró éste el caballo, púsose al carrillo la escopeta, é hizo fuego. Tenía ojo y pulso muy certeros el mallorquino, y fama de partir las balas en el filo de un cuchillo: seguro quedó, además, de haber embutido al hidalgo la bala con su acompañamiento de postas, entre los dos hombros, pues hasta le vió humear la chaqueta; no obstante lo cual, ni vaciló el perseguido, ni interrumpió un punto su carrera.

Prosiguió la suya el mayordomo, poniéndose casi á la línea de aquel, y tratando de

asir de las riendas al rucio; pero hubo de ver tan fea cara al hidalgo, que desaprovechó la ocasión, sin quererlo.

Llegados á una de las gargantas del valle, los dos rancheros en ella apostados á caballo, trataron de cerrar el paso al del rucio; pero á sus gritos, se espantaron las cabalgaduras de aquellos, y, tascando el freno, se los llevaron á gran distancia de allí.

Solamente "Enaguas blancas" y su ginete parecían curados del mal de espanto. Sin cejar un punto en la carrera, seguían incansables al hidalgo, quien les sacaba solamente uno ó dos cuerpos de ventaja. Oía el mallorquino la fatigosa respiración del rucio, y, por otra parte, aquella escena debía tener próximo desenlace. El llano terminaba al frente, en la falda de una montaña basada en estupendas masas de pederrenal, y espesísimos bosques se extendían á derecha é izquierda. Rasgó el mallorquino de una espoleada los ijares á "Enaguas blancas," y, dando éste una salida más fuerte, asíó aquel de la coleta al del rucio, lanzando una interjección hija de varios padres, pues debieron engendrarla á un tiempo mismo el júbilo, el miedo, la sorpresa y aun el terror.

Cualquiera de Ustedes daría por cogido al hidalgo, sin figurarse que la presa del mallorquino se redujo á la coleta, que se le quedó en la mano, desapareciéndose hidalgo y rucio entre los peñascos de la falda de la montaña, como si fueran sombras, ó como si se los hubiera tragado la tierra.

Con un palmo de narices, y dando al diablo la fiesta, quedó el hijo de las Baleares, en la actitud y circunstancias de aquel personaje de una comedia antigua, que exclamaba ante su soberano:

"Hé aquí, señor, el turbante
Del moro que cautivé;"

y que, al preguntarle el rey por el moro, agrega:

"..... ¡El moro se fué!"

Y, como llegaran en esto los rancheros, ya repuestos del susto, y el mallorquino, refiriéndoles lo acaecido, tratara de enseñarles la coleta, sintió que le quemaba los dedos, y la arrojó al suelo. ¿Ven Ustedes cómo se consume el tiro de este cigarro habano? Pues así, y apestando á azufre, se carbonizó la consabida coleta, sin perder